



La oración y contemplación

Introducción

La Orden de Predicadores fue fundada por Santo Domingo de Guzmán para la salvación de los hombres. Salvación que nosotros, como miembros de la familia Dominicana, dentro del MJD, hacemos efectiva a través de la oración-contemplación, del estudio de la Verdad Sagrada y de la comunidad. Hablar de la oración en la Orden, nos remite, por fuerza, a la persona de nuestro fundador. Es mirándonos en él, como nosotros podemos y debemos aprender a vivir en la presencia del Señor y a transparentarle en toda nuestra vida y nuestros actos.

Santo Domingo y la oración - contemplación

Vamos a intentar introducirnos en la personalidad de nuestro Padre, y para ello, nada mejor que vislumbrarlo a través de los rasgos magistrales que nos dejó escritos Jordán de Sajonia, su sucesor al frente de la Orden:

«Había en él una igualdad de ánimo muy constante, a no ser que se conmoviera por la compasión y la misericordia. Y como el corazón alegre alegra el semblante, el sereno equilibrio del hombre interior, aparecía hacia fuera en la manifestación de su bondad y en la placidez de su rostro. (...) El testimonio de una buena conciencia, resplandecía siempre en la serena placidez de su semblante, sin que palideciera la luz de su rostro.

(...) En su hablar y actuar se mostraba siempre como un hombre evangélico. Durante el día nadie más afable con los frailes o compañeros de viaje; nadie más alegre. Durante la noche, nadie más perseverante en velar en oración. Por la noche se detenía en el llanto, y por la mañana le inundaba la alegría. Consagraba el día a su prójimo, y la noche al Señor, convencido como estaba de que el Señor ha enviado durante el día su misericordia, y de noche su cántico. Lloraba muy abundantemente y con mucha frecuencia, y las lágrimas fueron para él su pan de día y de noche. De día, sobre todo, cuando celebraba, con frecuencia o diariamente, la misa solemne; de noche, cuando velaba más que nadie en constantes viglias.

Tenía la costumbre de pernoctar muy frecuentemente en las iglesias, hasta el punto de que apenas o muy raramente parece que tuvo un lecho determinado para descansar. Oraba por las noches, y permanecía velando todo el tiempo que podía arrancar a su frágil cuerpo. Cuando, al fin, llegaba la fatiga y se distendía su espíritu, reclamado por la necesidad de dormir, descansaba un poco ante el altar, o en otro cualquier lugar, y también reclinaba la cabeza sobre una piedra, a ejemplo del patriarca Jacob. De nuevo volvía a su vigilia y reemprendía su fervorosa oración. Daba cabida a todos los hombres en el abismo de su caridad; como amaba a todos, de todos era amado.

Hacía suyo el lema de alegrarse con los que se alegran y llorar con los que lloran. Inundado como estaba de piedad, se prodigaba en atención al prójimo y en compasión hacia los necesitados. Otro rasgo le hacía gratísimo a todos: el de avanzar por un camino de sencillez, sin mostrar nunca vestigio alguno de duplicidad o de ficción, tanto en palabras como en obras.

¿Quién será capaz de imitar en todo la virtud de este hombre? (...) Sigamos, hermanos, en la medida de nuestras posibilidades, las huellas paternas.»¹

¹ MO. Bto. J. de Sajonia, OP.: *Orígenes de la Orden de Predicadores*, nº 103–107, BAC, 1983, pp. 117-119.



En este texto sobresalen algunos de los rasgos de nuestro Padre Santo Domingo, frutos maduros de su experiencia de Dios, a través de los cuales podemos vislumbrar la intensidad de su oración.

- «Había en él una igualdad de ánimo muy constante (...)» que brotaba de su continuo estar ante Dios. Sabía que todo concurre al bien de los que aman a Dios y por eso no se inquietaba. Todos los acontecimientos los contemplaba a esta luz de Dios y su espíritu se traslucía en un equilibrio que transmitía paz y serenidad «a no ser que se moviera por la compasión y la misericordia». En el corazón de Domingo bullía el fuego de un intenso amor de Dios, pero también “los otros” tenían cabida. Domingo, en la oración, se convertía en una especie de canal de la Gracia, para los afligidos y oprimidos, para los pecadores que ocupaban «el más íntimo recinto de su compasión». «Dios había concedido a Domingo una gracia especial para llorar por los pecadores y los afligidos; cargó con sus miserias en el más íntimo recinto de su compasión, y la cálida simpatía que sentía por ellos en su corazón, desbordaba en las lágrimas que caían de sus ojos». Su compasión resonaba y encontraba eco en el corazón de sus frailes: « Dios mío ¿qué será de los pecadores?»
- Su equilibrio interior se exteriorizaba en la alegría y bondad de su rostro y por esto se atraía con facilidad el amor de todos y todos se sentían a gusto con él. Era su buena conciencia, su corazón pacificado y sencillo el que resplandecía ante todos y los hacía sentirse más cercanos a Dios.
- Era el hombre evangélico -VIR EVANGELICUS- que, a imitación de Jesucristo, dedicaba el día a los hombres y la noche a Dios. De día era afable con los hombres, de noche, perseverante en la oración ante Dios. Domingo oraba durante el día en el interior de su corazón, y en las largas vigiliias nocturnas, nunca olvidaba al prójimo. Juan de Bolonia cuenta cómo, después de permanecer postrado boca abajo en la iglesia, se levantaba «y rendía dos pequeños actos de homenaje: primeramente visitaba cada uno de los altares de la iglesia –en aquella época no se tenía reservado el Santísimo- y después iba sigilosamente a visitar a los hermanos que dormían, y si era necesario, los cubría». La oración contemplativa de Domingo le hacía descubrir la presencia de lo Sagrado no solo en los altares, sino especialmente, en cada uno de sus hermanos y en cada uno de todos los hombres.
- Esto nos abre a la consideración de la apertura de su corazón hacia todos, sabiendo que el hombre es criatura de Dios, creado a su imagen y semejanza y que por lo tanto, todos llevamos en lo interior un destello de lo divino. Y esto es lo que se esforzaba siempre por contemplar y, sobre todo, por enseñar y hacer conscientes a cada persona de la riqueza que llevamos dentro.
- Vemos pues que la experiencia de Dios que nuestro padre tenía en su oración, le convertía en un hombre sencillo, transparente, verdadero -sin doblez- libre y audaz. No nos dejó escrito ningún texto espiritual que nos hiciera partícipes de su vivencia contemplativa, pero con su vida, con su actitud ante los demás, predicaba lo que luego sería el eje fundamental de su alma: la espiritualidad de Encarnación; el misterio del Verbo encarnado, Dios hecho hombre en Jesucristo y en Él, el hombre transformado en Dios.
- Vemos también que Domingo reza con todo lo que es, cuerpo y alma, y de ahí debemos aprender también nosotros. Debemos potenciar al máximo todo lo que



nos pueda ayudar a entrar en contacto íntimo con Dios, especialmente las posturas o gestos de nuestro cuerpo.

En el manuscrito del siglo XIII, sobre *los nueve modos de orar* de nuestro padre, debemos beber hoy sus hijos su experiencia.

- Primero: Oración de humildad ante la inmensa grandeza de la figura de Jesucristo en la Cruz.

- Segundo: Oración de petición de perdón, ante la conciencia de la propia pequeñez y miseria.

- Tercero: Oración de penitencia por sí y por los demás, que hoy tan fácilmente podemos imitar renunciando a tantos estímulos y sensaciones como nos ofrece nuestra vida postmoderna.

- Cuarto: Oración de intercesión, o abandono confiado en la misericordia y ternura de Dios para con todos los hombres.

- Quinto: Oración de las manos, expresando con ellas lo que el corazón medita incesantemente.

- Sexto: Oración de súplica de una gracia extraordinaria, con los brazos extendidos. Raramente lo hacía así y no aconsejaba a los hermanos que lo hicieran.

- Séptimo: Oración de alabanza y bendición con las manos levantadas y extendidas sobre la cabeza. Esta actitud parece ser como una recopilación de la gracia que recibía en la contemplación.

- Octavo: "Lectio divina": Lectura solitaria y sosegada en la celda o en algún lugar retirado. Rumia incesante de la Palabra de Dios que va penetrando en nuestro corazón y lo transforma.

- Noveno: Oración itinerante, mientras viajaba con sus hermanos. Presencia viva de Dios que pone en práctica la exhortación de San Pablo: «Orad sin interrupción». ¿No podemos imitar a nuestro Padre en esto, hoy, que gastamos buena parte de nuestro tiempo en los medios de locomoción...?

Santo Domingo oraba asiduamente. Es una constatación de todos los testigos en el proceso de canonización. Su oración era una viva experiencia personal, profunda, contemplativa, que nunca se quedaba encerrada en él, sino que, irradiando a todos los hombres comunicaba la luz de la presencia de Dios.

Gregorio IX resume así la personalidad de nuestro Padre en la bula de canonización:

«Hecho un solo espíritu con Dios, se esforzó por abismarse en Él por la contemplación, sin descuidar la caridad para con el prójimo, que le impulsó a entregarse con justa medida, a las obras de misericordia»².

La oración y contemplación dominicanas, hoy

La oración es, esencialmente, experiencia de Dios. El Dios lejano, terrible, del AT, se nos hace asequible, cercano, amigo... Para nosotros, jóvenes dominicos, la oración, como toda nuestra vida, está impregnada, empapada del misterio de la Encarnación.

Porque el Verbo se hizo carne y acampó entre nosotros, podemos acercarnos al Padre en un mismo Espíritu y clamar ¡Abba! Esta inmersión en el misterio de Dios trino y uno, Dios – comunidad, no podemos realizarla sin el apoyo y la ayuda de la fe.

² Gregorio IX: Bula *Fons Sapientiae* (3 julio de 1234).



Nuestra experiencia de Dios se realiza en la fe, fuera de todo lo sensible. Pero es una verdadera experiencia humana porque se realiza en el hombre concreto, y en el aquí y ahora de cada persona.

Esta experiencia, esta oración nos exige buscar espacios y tiempo en nuestra vida para quedarnos a solas con Dios, aún en medio del bullicio y agitación de nuestro mundo. La oración es una gracia y por eso no podemos alcanzarla nunca con nuestras propias fuerzas, por más prácticas ascéticas o técnicas que hagamos. Es el Espíritu Santo el que ora en nosotros. El Espíritu es el regalo del Padre y del Hijo hacia nuestra debilidad.

Por lo mismo, aunque a nosotros nos parezca en algunos momentos imposible, no debemos dejar de suplicarla humildemente. Dios nos la puede regalar en un instante. «Para Dios no hay nada imposible».

En nuestros días se habla mucho de la oración del corazón. Debemos dejar que nuestro yo más profundo se abra a la Gracia de Dios, para ir conociendo nuestra limitación y pequeñez a la luz de su grandeza y su misericordia. No debemos dejarnos atrapar por las reglas duras y rígidas. Las prácticas metódicas secan el corazón y lo vuelven estéril. Tenemos que allegarnos a Dios con sencillez y confianza, tal y como somos, y sentirnos amados con ternura e intensidad. Sólo esta experiencia de AMOR concreto hacia mí, personalmente, ensanchará nuestro corazón a la medida del corazón de Dios. Tenemos que dejar a Dios ser Dios en nosotros, y nosotros ser hijos predilectos, en Él.

Como dominicos, nuestra experiencia de Dios debe estar marcada por la experiencia de Domingo de Guzmán. Ésta se especifica en:

- a) La contemplación de Cristo
- b) La contemplación de nuestro mundo

a) Contemplación de Cristo que nos debe llevar a una identificación profunda con Él. Y a Cristo, lo contemplamos, lo alcanzamos, lo tocamos principalmente en la Cruz, la Eucaristía y la Palabra.

- La Cruz nos abre al misterio del anonadamiento del Verbo, que le lleva no sólo a encarnarse, sino a morir por todos. El celo por la salvación de todos los hombres, debe estar siempre presente en nuestra oración – contemplación dominicana.

Fray Angélico nunca pintó a Santo Domingo predicando -cosa bien extraña al ser el “Padre de los predicadores”- sino a los pies de la Cruz o contemplando algún hecho de la vida, o intentando profundizar en el Misterio a través del estudio y la lectura.

De la contemplación de Jesús crucificado, de esa experiencia de misericordia, brotaba su súplica continua. «Dios mío, misericordia mía ¿qué será de los pecadores?»...

Una misericordia no abstracta, sino bien concreta, personificada en el cuerpo muerto y roto del Señor. Una oración - contemplación que le impulsaba al deseo de identificación plena con Cristo, a ser también él -nosotros- misericordia y movernos a actuar con compasión, aunque nos lleve a la exigencia fuerte de llegar a entregar la vida por los demás.

- También la Eucaristía es un lugar privilegiado de la experiencia de Jesús. Él realizó una escalada descendiente de anonadamiento. De Dios, se hizo hombre; como hombre, aceptó la muerte más ignominiosa.

Y para hacer efectiva la salvación, se quedó con nosotros bajo la apariencia de pan. Si nuestra oración no nos lleva paulatinamente a recorrer este mismo camino de descendimiento, tendremos que hacer un alto y preguntarnos si en la oración buscamos realmente a Dios o nos contentamos con encontrarnos con nosotros mismos.

Se dice de nuestro Padre que durante la celebración de la Eucaristía «lloraba copiosamente» ¿No sería quizá la experiencia interna de este misterio de despojo y entrega la que hiciera brotar esas lágrimas...?

- Y por último escucha asidua de la Palabra de Dios. «La contemplación genuina es la lectura de la Biblia y el estudio de la verdadera Sabiduría».

Debemos alimentar nuestra oración con la Palabra de Dios. Somos poseedores de una inestimable riqueza de la que aprovecharnos: el rezo diario de la liturgia de las horas. Por su finalidad de santificación del día, y por su componente mayoritariamente bíblico –salmos y lecturas- es, o debiera



ser, el alimento diario de nuestra oración. Esto sería algo a lo que tender con afán, sobre todo el rezo de Laudes y Vísperas, sin olvidar el Oficio de Lecturas por su riqueza en textos selectos.

Si alimentamos nuestra oración con esta contemplación de Cristo Víctima, Pan, Palabra, poco a poco, sin darnos cuenta, imperceptiblemente, nuestra vida irradiará Presencia de Dios.

b) La contemplación de nuestro mundo. En el siglo XIII, un fraile anónimo del convento de Santiago de París, escribía: «Entre las cosas que un hombre debe ver en la contemplación, están las necesidades de su prójimo y también la magnitud de la fragilidad de cada uno de los seres humanos»

- Nuestra contemplación, como dominicos, no puede terminar en un misticismo abstracto. La visión de Cristo nos debe llevar necesariamente a la contemplación de nuestro mundo.

Dios se manifiesta a través de nuestra Historia. Desde que el Verbo se encarnó en nuestra naturaleza, nada de lo humano nos es ajeno, pues nuestra historia, nuestra vida, todo el acontecer está preñado de la Presencia de Dios.

Tenemos pues que acostumbrarnos a:

1º) Ver a Dios en los acontecimientos y personas.

2º) Ver los acontecimientos y las personas desde los ojos de Dios.

1º) El Maestro de la Orden Vicente de Couesnongle gustaba hablar de lo que él dio en llamar “la contemplación de la calle”, o sea, contemplar a Dios desde el corazón de nuestra historia, tanto en el acontecer doloroso o sufriente, como en los gozos y esperanzas de nuestra Humanidad. Y aquí radica la espiritualidad dominicana de Encarnación.

«Digo contemplación de la calle y no en la calle. No se trata de pasearse distraído en medio de la multitud, sino de tener una mirada atenta sobre todo lo que nos rodea: estas personas, sus rostros, su caminar, la pobreza de sus vestidos o la insolencia de su peinado. La “contemplación de la calle” es saber buscar, adivinar lo que no se ve: fracasos, sufrimientos, aspiraciones. Es descubrir poco a poco lo que todo esto significa en la vida de todos estos hombres, de todas estas mujeres, de estos jóvenes, para sí mismos y a los ojos de Dios. La “contemplación de la calle” -que puede ser también la contemplación de los periódicos, de la radio, de la televisión- sabe hacer siempre actual la mirada a la vez humana y divina de Cristo -el más contemporáneo de todos los hombres- sobre la muchedumbre, los enfermos, todos los que están poseídos por el mal: el dinero, las injusticias, una sexualidad exacerbada, el poder interno, el odio.

Para saber lo que tiene la mirada de alguien, es preciso mirarle en los ojos. Mis ojos deben penetrar en los suyos, y entonces se sabe quién es él, lo que busca, lo que ve. Esto es igual en nuestra vida con Cristo. Antes de ir a la calle, debemos en la fe, mirar a Cristo, escucharlo, hacer silencio con Él. En la calle descubriremos entonces muchas cosas que de otro modo se nos habrían escapado. No hay “contemplación de la calle” si antes no sabemos encerrarnos en nuestra celda. La “contemplación en la celda”, la “contemplación de la calle”: el apóstol de hoy debe ser capaz de pasar de la una a la otra, y alimentar la una a la otra en un cambio ininterrumpido»³

El mismo padre maestro Vicente de Couesnongle decía que quería ver a los dominicos con la Sagrada Escritura en una mano y el periódico en la otra.

Debemos, pues, intentar ver todo con la mirada de Dios, como Cristo contemplaba a sus contemporáneos y «sentía lástima de ellos porque andaban errantes como ovejas sin pastor». Mantener la mirada atenta, intentando descubrir no el “por qué”, sino el “para qué” de las cosas y escudriñar el misterio que encierra y que va atrayendo a nuestra Humanidad hacia Dios.

En esta “contemplación de la calle”, nos puede ser de una ayuda inestimable el rezo del Rosario... A través de él vamos desgranando los misterios de nuestra salvación, realizada por Cristo. Pero esa salvación nosotros debemos hacerla actual en nuestro hoy concreto. El gozo, el dolor, la gloria

³ MO. V. de Couesnongle, OP: *Reflexiones de un superior general sobre la vida religiosa hoy*. El Coraje del futuro. Bogotá, Biblioteca dominicana, 1979.



también de toda vida humana, quedan ensartadas así en los quince misterios que, guiados por la mano y el corazón de la Madre, presentamos un día y otro al Señor.

2º) Pero para que esto sea así, es preciso tener el mismo corazón de Dios -como tenía Catalina de Siena- escucharle a Él e intentar ver los acontecimientos y personas desde sus ojos, desde su misericordia y compasión.

La compasión es uno de los rasgos más característicos de nuestro padre Santo Domingo, que hoy, más que nunca, necesita nuestro angustiado mundo, que no sabe hacia dónde va.

Padecer “con”, hacernos uno, primeramente con Cristo, y después con el que padece, para unirle a Él. «Ver las necesidades de nuestro prójimo y la magnitud de nuestra fragilidad». Esto es lo que nos acerca a nuestros hermanos, en pobreza y desprendimiento y hace que nuestra compasión no sea una estéril ayuda, sino un acontecimiento de Dios al corazón del hermano necesitado.

Nuestra contemplación debe hacernos transparencia nítida y fuente de ternura y de Amor de Dios. Nuestra vida, nuestra fe, nuestro mundo y su historia encuentran aquí su equilibrio. Somos llamados a ser presencia de Dios, y esto solo es posible si nuestra oración es contacto vital y ardiente con Él en la oración - contemplación.

«Si mi Dios es el Dios de la Biblia, el Dios vivo, el “Yo soy, Yo era, Yo estoy llegando”, entonces Dios es inseparable del mundo y de los seres humanos... Mi acción consiste, por lo tanto, en entregarme a mi Dios, que permite que yo sea el lazo de unión de su divina actividad en el mundo y con la gente. Mi relación con Dios no es un simple acto de culto, que va de mí a Él, sino una fe por la cual yo me entrego a la acción del Dios vivo, quien se comunica a sí mismo con el mundo y con los seres humanos según su plan.

Lo único que puedo hacer es ponerme confiadamente ante Él y ofrecerle la plenitud de mi ser y de mis talentos para poder estar allí donde Dios quiere que esté, como vínculo entre esa acción de Dios y el mundo»⁴

Sólo hay una cosa importante y verdadera: entregarme a Dios.

Conclusión

El P. Paul Murray escribe:

«Recuerdo que, cuando era novicio en la Orden, pregunté acerca de la contemplación a uno de los sacerdotes de la casa, un hombre maravilloso llamado Cahal Hutchison, “¿Cuál es el secreto de la contemplación dominicana?”. El padre dudó por un momento, me sonrió y después dijo: “Hermano Paul, nunca se lo digas a los carmelitas o a los jesuitas, pero nosotros no tenemos otro secreto que el del Evangelio. No obstante -continuó- como dominico que soy, puedo revelarte las dos grandes leyes de la contemplación”. Inmediatamente, con el entusiasmo propio de un novicio, saqué papel y lápiz. Cahal dijo: “La primera ley es orar. La segunda ley es seguir orando”. Quizás, hermanos míos, esto es lo primero y lo último que puede decirse sobre este tema»⁵

⁴ MO. V. de Couesnongle, OP: *Reflexiones de un superior general sobre la vida religiosa hoy*. El Coraje del futuro. Bogotá, Biblioteca dominicana, 1979.

⁵ Conferencia en el Capítulo General. Providence – Rhode Island. Julio 2001.



Para la reflexión personal y en grupo

Percibir el amor de Dios en cada cosa

La dinámica consiste en intentar crear un ambiente lo más silencioso posible, para que no me distraiga. Y mientras trabajo o paseo, ver en cada cosa que me rodea -siento, oigo, gusto, palpo...- una noticia que el Dios Padre me trae a mí, como si tal cosa me hablara: «te prefiero». Y yo, a su vez, le dijera así:

«Gracias, Padre, porque has enseñado estas cosas a los sencillos» (u otras similares). Esta mañana luminosa, esa noticia de la radio que me sorprendió al levantarme, o esa canción cuya letra y música me seducen; ese gesto de mi amigo, el saludo del jefe, o quizás la comida que nos alimenta, el trabajo que realizo con rutina...son palabras que Dios me escribe, trozos de su misma historia entre nosotros. «Gracias, Padre, yo también te amo».

Somos «cartas de amor», las palabras con que Dios hace su vida aquí con nosotros. Un dolor de cabeza inoportuno, una mala noche de sueño, esos momentos de risa compartida...Y, así, durante la semana y durante la vida: un continuo diálogo amoroso con Aquel que nos expresa su ternura en cada acontecimiento de nuestra biografía.

Escribe en un papel tus impresiones, tráenos tus noticias más interesantes y tus sorpresas agradables o tristes... Esas cosas, esas personas, esa gente con que te has tropezado... Lo compartiremos juntos en una reunión.

Percibir a Dios en los rostros de los otros

Considerar que todas las criaturas son AMADAS POR DIOS desde siempre, hacernos solidarios con ese amor y decirnos: «Yo también AMO ESE ROSTRO».

El vecino de enfrente, el compañero de trabajo, el amigo más “difícil”, aquéllos que no nos son simpáticos...

Al salir de casa, en el metro o en el autobús, ante tantas imágenes que ven mis ojos: los niños del colegio que juegan o alborotan en el patio, el bullicio de la calle, el anciano solitario sentado en su banco de siempre, el guardia de tráfico, el pobre que siempre pide a las puertas de la iglesia, mi familia, mis hermanos de comunidad...Y mi grupo de jóvenes, o de catequesis o mis amigos de vacaciones... El mundo entero es un SACRAMENTO DE DIOS. Responder: «Yo también AMO ESOS ROSTROS».

Aprendemos a contemplar con la mirada

«Saber mirar de otra manera, saber amar». Ojalá sepamos ver por debajo de las cosas, por si acaso hay “símbolos” que apunten a algo más allá y más adentro... Saber mirar: ahí está el gran secreto. Y no es nada fácil, pues casi nunca vemos lo más importante, nos quedamos con la rana:

«En efecto, la rana estaba allí, encima de la calavera que a su vez decoraba la magnífica portada plateresca del embelesador Patio de Escuelas donde Fray Luis de León tiene su mágica noche, en la mítica y mística ciudad de Salamanca. Pero lo que importaba a la manada turística era la rana. ¿Por qué? ¿Por qué el ojo de la grey rebañiega sólo alcanza a buscar con su torpe arco cupídico lo accesorio, lo irrelevante, mientras la realidad esencial se le escapa a espaldas? (...) ¿Qué hubiera sentido el cantero, el orfebre, el artista, aquel maestro de cuyas manos brotó tanta belleza plateresca sobre piedra berroqueña, de haber llegado a contemplar el bochornoso espectáculo de la masa jugando al veo-veo con la rana...?»

Carlos Díaz, *Diez miradas sobre el Rostro del Otro*

«Vio Dios que todo lo que había hecho era muy bueno» (Gn 1,31). Pasea y contempla por alguno de tus recorridos conocidos o por el campo: rastrea y escruta, indaga, observa con atención. Repite varias veces: «Vio Dios que era bueno». Confía mejor en la mirada de Dios, educa tus mismos ojos y hazlos más creyentes.



- Lee el relato del ciego Bartimeo (Mc 10,46-52), como si lo escucharas por vez primera: déjate sorprender por lo que te dice. Vete despacio, con pausas y con el corazón abierto, expectante. No busques doctrina, ni verdades, ni frases bonitas, ni consuelos o soluciones a tus problemas. Lee, pero “escuchando” sin ansiedad... No quieras entender con la razón, subraya lo que te conmueve: pon una palabra sugerente... aquello que resuma tu impresión más fuerte.

Pon, acaso, tu propio nombre en vez de Bartimeo. Siéntate tú delante de Jesús de Nazaret: ¿qué te dice? Déjate interpelar y cuestionar tu vida, para que así los criterios de Dios te gobiernen y no tus caprichos.

Grítale también: «¡Ten piedad de mí!». Siente las manos de Jesús en tus ojos: «Señor, que vea»

- Coge ahora la perícopa de Mc 6,34. Jesús baja de la barca y se llena de compasión al ver tanta gente que estaba como oveja sin pastor. Siéntete tú mismo como acogido entre esa gente, porque Jesús no te reprocha, ni te señala con el dedo acusador, no te exige nada que no puedas. Mírate y reconócete, sé tú mismo tal cual eres. Respira profundamente y luego –cuando salgas de casa- piensa y pide que tus ojos vean con la mirada de Jesús: con la misma compasión que tenía nuestro Padre Domingo, cercano a las miradas de los hombres y mujeres, cansados, indiferentes, serenos, preocupados...

- Durante 10 minutos de un día cualquiera hemos visto y “contemplado” la calle, sus gentes, sus cosas. Hemos estado despiertos a sus sugerencias. Ahora, en el grupo, vamos a volver a mirar con el Evangelio en la mano: «Dichosos los que pasan hambre, los sedientos, los perseguidos, los encarcelados, los que están enfermos...». ¿Qué tienen todos esos que ver conmigo?.

Taller de oración

El hecho

- Entre los cacharros de la cocina, los niños gritando, un sueldo que apenas llega a fin de mes y un marido cabreado... ¿qué vida esperan tantas amas de casa?

- Sacudido por un conflicto interior -tu “conciencia” que chirría-, entre los intereses laborales y un montón de esfuerzos inútiles que te desvían de tu vocación dominicana... Tú, profesional de tu trabajo, ¿cómo te soportas con tantos “costes” y “rendimientos”, en esa carrera de beneficios y pérdidas, de escalafones y competencias desleales?

- Atado a tu trabajo rutinario (si lo tienes), forcejeando con tus propias convicciones frente a la ideología que se te impone; esforzándote por dar consuelo a los demás sin que a ti nadie te escuche, desde cierta autosuficiencia -tal vez aprendida-: tú, cristiano, sacerdote, joven... ¿qué es lo que buscas en tu propia casa?

- Y tú, marginado, drogadicto, delincuente, ladrón, prostituta... que ya encuentras muy deteriorada tu misma dignidad humana, dime: ¿qué necesitas para cambiar tu vida?

La Palabra

«Dijo Yahvé: bien vista tengo la aflicción de mi pueblo en Egipto y he escuchado su clamor en presencia de sus opresores, pues ya conozco sus sufrimientos [...]. Ahora, pues, ve; yo te envío al Faraón, para que saques a mi pueblo, los israelitas, de Egipto» (Ex 3,7-9)

«María se sentó a los pies del Señor para escuchar sus palabras» (Lc 10,39)

«Llaman al ciego, diciéndole: ¡Ánimo, levántete! Te llama. Y él, arrojando su manto, dio un brinco y vino donde Jesús. Jesús, dirigiéndose a él, le dijo: “¿Qué quieres que te haga?” El ciego respondió: “Rabbuni, ¡que vea!”. Jesús le dijo: “Vete, tu fe te ha salvado”. Y al instante recobró la vista y le seguía por el camino» (Mc 10,49-52)

Para la reflexión

1. ¿Qué idea tenías tú de la “contemplación”? ¿Qué tipo de contemplativos somos?
2. ¿A qué nos compromete y a qué estamos dispuestos?
3. ¿Te sientes vinculado al perfil espiritual de Santo Domingo de Guzmán? ¿Qué te atrae más?



4. ¿Cuál fue la misión-predicación de la Orden en su origen y cuál puede ser hoy?

En “blanco y en negro”

«¿Un método para orar? Sí, el de cada misa: “No hables nunca sin él y él no dirá nada sin ti”. Cada evangelio describe un instante de nuestra propia vida, y el Cristo habla por nosotros a Dios. Antes del Padrenuestro de la misa, el sacerdote canta: “Por él, con él y en él”. Es el método de toda oración cristiana.

No existe otro. Pero ése agrada a Dios incluso cuando la liturgia no nos guste» (B. BRO OP).

Una frase, un lema

«*Contemplari et contemplata aliis tradere*»

CONTEMPLAR, LLEVAR A LOS DEMÁS LO CONTEMPLADO (Sto. Tomás de Aquino OP)

«Los dominicos deberán ser hombres y mujeres no de respuestas fáciles, sino de preguntas difíciles, inspiradas por la pasión por la verdad» (CG Providence, 2001).